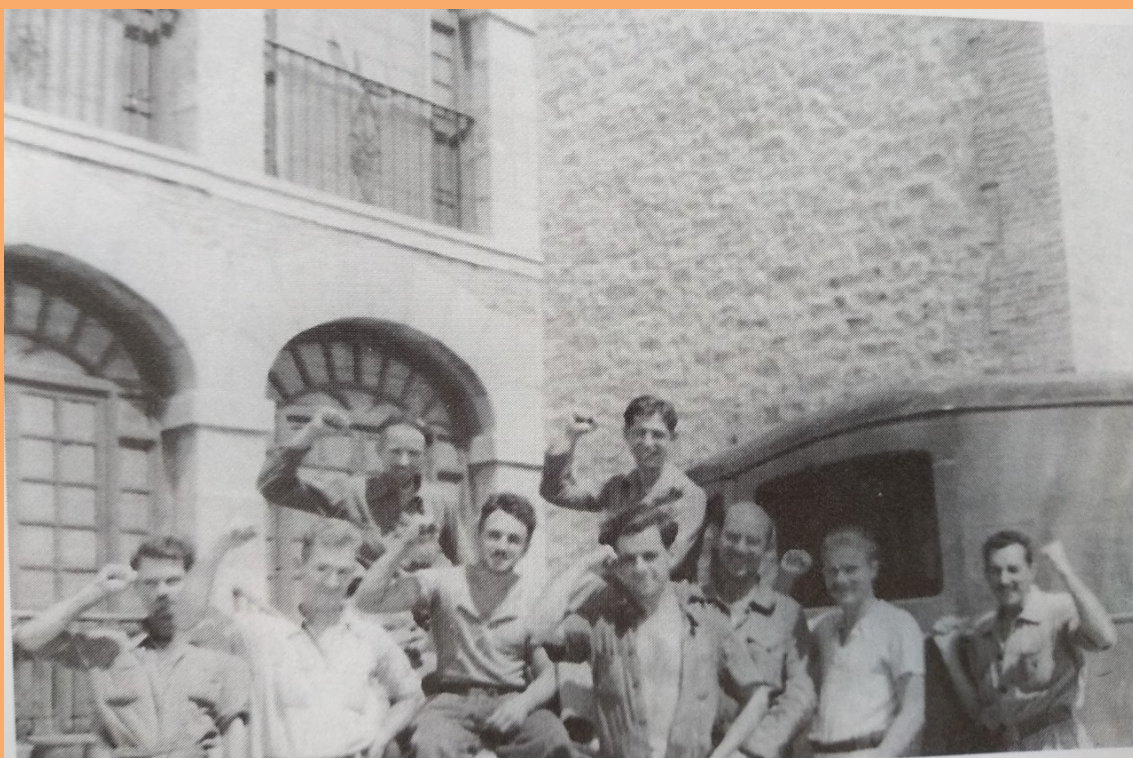


LA SANIDAD Y LAS BRIGADAS INTERNACIONALES EN LA ZONA NORTE DE CÓRDOBA



**El Hospital Americano de Belalcázar
(mayo-octubre de 1937)**

Feliciano Casillas Sánchez



LA SANIDAD CON LAS BRIGADAS INTERNACIONALES EN LA ZONA NORTE DE CÓRDOBA DURANTE LA GUERRA CIVIL: el Hospital Americano de Belalcázar (mayo-octubre de 1937).

- 1. Introducción.**
- 2. Las Brigadas Internacionales en la G. Civil entre 1936-1937. El Servicio de Sanidad en la retaguardia de la guerra.**
- 3. El Hospital Americano de Belalcázar (Córdoba) y su actividad (mayo-octubre de 1937) a través de las fuentes. El testimonio completo del Dr. Josep María Massons.**
- 4. Conclusiones.**

Resumen: *El artículo que damos a conocer aborda el papel de la sanidad en España durante la Guerra Civil con la llegada de las Brigadas Internacionales y su irrupción de lleno en la contienda para atender a los heridos del frente. A través de varios testimonios de los voluntarios sanitarios, en su mayoría extranjeros, que trabajaron en el Hospital de campaña que se instaló en el recién construido Grupo Escolar de Belalcázar, Los Pedroches (Córdoba), entre mediados de mayo y hasta octubre de 1937, conoceremos de primera mano cual fue su trabajo, su contacto con la realidad local y sus sensaciones a medida que avanzaba la guerra.*

1. Introducción.

En los días 8 y 9 de abril de 2016 se celebró, entre las localidades de La Granjuela, Belalcázar y Valsequillo (Córdoba) y Andújar y Lopera (Jaén), un acto conjunto de homenaje a los miembros de la Brigadas Internacionales que participaron en la Guerra Civil Española en el frente norte de Córdoba, en contacto directo con el sur de Extremadura y las proximidades de Jaén. En la mañana del día 8 de abril, viernes, con la asistencia de los alcaldes de Belalcázar, La Granjuela y Valsequillo, así como dos autobuses en el que viajaban 60 irlandeses, 15 británicos, 4 franceses, una americana y 20 españoles, se rindió homenaje a los brigadistas en el recinto del Instituto de Educación Secundaria Juan de Soto Alvarado (antiguo Grupo Escolar Primo de Rivera, después Rodolfo Llopis) de Belalcázar, donde estuvo instalado el denominado Hospital Americano. El autor de estas líneas estuvo entre ellos aquella soleada mañana, compartiendo la emoción y las vivencias de los presentes, entre multitud de banderas republicanas y de las Brigadas Internacionales que portaban sus descendientes, guardadas y conservadas con mimo y esmero, según nos contaron. Allí, entre fotos, lágrimas y palabras frente a placas conmemorativas, junto a las autoridades presentes y miembros de la AABI (*Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales*), se estaba rememorando una página importante de la historia, de la intrahistoria de la Guerra Civil en esta zona del frente. El presente artículo quiere acercarse todo lo posible a conocer

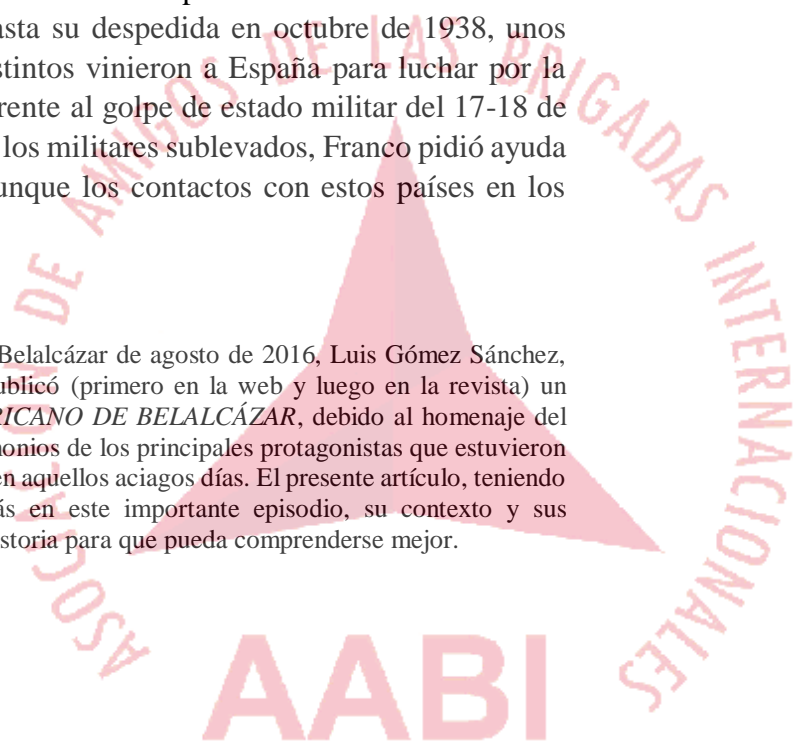
mejor este episodio que despertó nuestra curiosidad aquella soleada mañana de abril de 2016¹.

En los primeros meses del año 1937, en el contexto de la *Batalla de Pozoblanco* (mal conocida hasta que los historiadores la han rescatado de la oscuridad) y el empuje de las tropas franquistas desde el sector extremeño hacia esta zona del norte de Córdoba, aparecen junto a las tropas republicanas brigadistas extranjeros que habían venido a luchar por la causa republicana, presentes en España desde octubre de 1936. Los servicios sanitarios que les acompañaban, compuestos en su mayoría por voluntarios de diversos países del mundo, hicieron una encomiable labor que ha quedado oscurecida por las acciones bélicas, y solo en estos últimos años comienza a ver la luz, a rescatarse testimonios a través de las páginas de memorias de protagonistas directos de aquellos hechos, como el Archivo del comandante italiano Aldo Morandi, uno de los artífices de la resistencia republicana en Pozoblanco frente a las tropas nacionales, o las memorias del belalcazareño Crispulo Márquez Espada. La localidad de Belalcázar, próxima a Pozoblanco pero más cercana a Cabeza del Buey (sur de Badajoz) acogió un hospital de campaña de la XIII Brigada Internacional, que fue traslado desde Cabeza del Buey, a mediados de mayo, al recinto del por entonces Grupo Escolar Primo de Rivera (soberbio edificio de piedra que había comenzado a construirse precisamente 10 años antes, en 1927) y finalmente se trasladaría desde Belalcázar al Sanatorio Villegas en Hoyo de Manzanares, Madrid, a finales de junio de 1937. Luego, desde Valsequillo, vendría el grupo de norteamericanos (que dan nombre al hospital), hasta el mes de octubre de 1937. Tomando como ejemplo el episodio del Hospital Americano de Belalcázar, y a través del testimonio de sus protagonistas, daremos a conocer cómo fue el trabajo de aquellos hombres y mujeres extranjeros, voluntarios en la sanidad de las Brigadas Internacionales, su contacto con la población local y sus impresiones ante todo lo que estaban viviendo.

2. Las Brigadas Internacionales en la G. Civil entre 1936-1937. El Servicio de Sanidad en la retaguardia de la guerra.

Las Brigadas Internacionales fueron unidades militares de combatientes extranjeros que llegaron a España para combatir (o contener) el avance del fascismo en Europa, recrudescido tras el ascenso de Hitler al poder como todopoderoso canciller de Alemania en enero de 1933. Surgen como consecuencia de la rápida internacionalización del conflicto español en el verano de 1936. Hasta su despedida en octubre de 1938, unos 35.000 hombres y mujeres de 53 países distintos vinieron a España para luchar por la República española y la causa republicana frente al golpe de estado militar del 17-18 de julio de 1936 (recordemos que por el lado de los militares sublevados, Franco pidió ayuda a Italia y Alemania ya en julio de 1936, aunque los contactos con estos países en los

¹ En la Revista de Feria y Fiestas de San Roque de Belalcázar de agosto de 2016, Luis Gómez Sánchez, responsable de la página web del Ayuntamiento, publicó (primero en la web y luego en la revista) un artículo de 2 páginas titulado *EL HOSPITAL AMERICANO DE BELALCÁZAR*, debido al homenaje del mes de abril de 2016, donde se recopilaban los testimonios de los principales protagonistas que estuvieron en Belalcázar y trabajaron en el Hospital Americano en aquellos aciagos días. El presente artículo, teniendo aquel como base, pretende profundizar mucho más en este importante episodio, su contexto y sus protagonistas, en la sana necesidad de aportar pura historia para que pueda comprenderse mejor.



preparativos de dicha sublevación se remontan a mucho antes, como han demostrado historiadores de prestigio, entre los que destacan Paul Preston o Angel Viñas).

Los primeros voluntarios que formarían las Brigadas Internacionales llegaron a Albacete, (convertida en su base de operaciones desde sus inicios) el 14 de octubre de 1936. Se formaron los primeros grupos como el *Rakosi* (que integraba a húngaros), el *Dombrowki* (polacos), o centurias como la *Tom Mann* (británica), la *Gastone Sozzi* (voluntarios italianos) o la *Thaelmann* (alemanes). Una de las más famosas fue la Brigada Internacional *Abraham Lincoln*, compuesta por voluntarios norteamericanos.

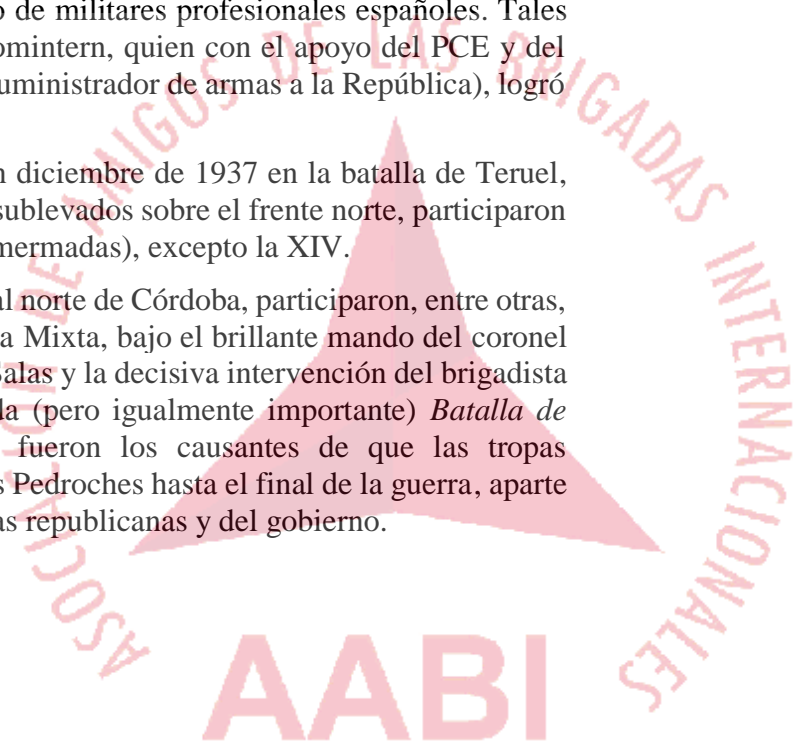
Tras algunas vacilaciones iniciales, el Gobierno de la República, que presidía Francisco Largo Caballero desde inicios del mes de septiembre, decidió la aprobación de estas unidades militares para entrar en acción en el frente el 22 de octubre de 1936, cuando el avance de los sublevados sobre Madrid reveló la crítica situación militar de la República. Madrid fue el bautismo de fuego de los brigadistas, por así decirlo, desde inicios de noviembre de 1936, cuando el gobierno republicano, ante el asedio a la capital y el peligro que sea rápidamente conquistada por las tropas franquistas, decide su traslado a Valencia (Madrid finalmente resistió).

En 1937, la XV Brigada, compuesta principalmente por unidades de rusos, norteamericanos y británicos se enfrentó a las tropas sublevadas que pretendían conquistar Madrid desde el 6 de febrero en la Batalla del Jarama, donde los brigadistas británicos y estadounidenses tendrían un rol destacado. También participó en la contención de la ofensiva rebelde y capturó prisioneros, manteniendo enfrentamientos hasta el día 27 inclusive. Durante la batalla de Guadalajara, iniciada por tropas italianas del *Corpo Truppe Volontarie* el 9 de marzo de 1937, para tratar de penetrar desde el norte en Madrid, las tropas republicanas hicieron frente a un ejército de 30 000 hombres, 80 carros de combate y 200 piezas de artillería. En el escenario se encontraron combatiendo la XI y XII Brigadas Internacionales, que sufrieron gran cantidad de bajas.

En la batalla de Belchite tomaron parte las brigadas XI y XV, desde el 26 de agosto hasta el 10 de septiembre de 1937. Los escasos resultados obtenidos por el bando republicano y la desconfianza del ministro socialista Indalecio Prieto hacia las Brigadas ocasionó que, poco después de acabada la lucha en Belchite, el gobierno republicano emitiera diversos decretos destinados a integrar a las Brigadas dentro del esquema organizativo del Ejército Popular Republicano, restando poder de decisión a la Comintern y al PCE, y tratando de colocar a los brigadistas bajo mando directo de militares profesionales españoles. Tales intentos chocaron con la oposición de la Comintern, quien con el apoyo del PCE y del gobierno de la Unión Soviética (casi único suministrador de armas a la República), logró mantener a las Brigadas bajo su control.

En la ofensiva republicana que se realizó en diciembre de 1937 en la batalla de Teruel, que tenía como fin desviar la presión de los sublevados sobre el frente norte, participaron todas las Brigadas Internacionales (ya muy mermadas), excepto la XIV.

En la zona de la Comarca de los Pedroches, al norte de Córdoba, participaron, entre otras, la XIII Brigada Internacional y la 86 Brigada Mixta, bajo el brillante mando del coronel Mena, del Teniente-Coronel Joaquín Pérez Salas y la decisiva intervención del brigadista italiano Aldo Morandi, en la poco conocida (pero igualmente importante) *Batalla de Pozoblanco* (marzo-abril de 1937). Ellos fueron los causantes de que las tropas franquistas no consiguieran nunca tomar Los Pedroches hasta el final de la guerra, aparte de suponer un empuje a la moral de las tropas republicanas y del gobierno.



Paralelamente el desarrollo de las operaciones militares, la labor del Servicio sanitario en las B.B.I.I, compuesto en su mayoría por voluntarios extranjeros, fue fundamental en el discurrir de la contienda. Los testimonios a los que se pretende dar voz en el apartado siguiente son una somera muestra. Su labor nos permite no sólo familiarizarnos con las contribuciones sanitarias que se han señalado como las más relevantes para la cirugía de guerra efectuadas durante nuestra Guerra Civil —los quirófanos de vanguardia, que aumentaron la supervivencia de los heridos abdominales y vasculares; la transfusión de sangre conservada; y la cura oclusiva retardada como forma de tratar las fracturas abiertas—, sino que nos acercan también a la forma en que el curso de la guerra afectaba a su labor y a la forma en que se desarrollaba su vida cotidiana. Estos relatos nos hablan así de sus relaciones con los compañeros sanitarios y con los brigadistas, con los mandos militares y sanitarios y con sus pacientes; nos familiarizan con sus ratos de ocio y de calma y con los momentos de tensión y de tragedia; con sus decisiones en el quirófano y con sus percepciones sobre lo que ocurría a su alrededor. Tienen así la capacidad de sumergir al lector en un territorio en que cuestiones como los principios morales, la amistad o los modos de valorar a quienes nos rodean son sometidos a prueba constantemente. El ejemplo de quienes trabajaron en el Hospital Americano de Belalcázar (Córdoba), durante unos 5 meses, da buena cuenta de ello.

3.El Hospital Americano de Belalcázar (Córdoba) y su actividad (mayo-octubre de 1937) a través de las fuentes. El testimonio completo del Dr. Josep María Massons.

La labor de los sanitarios internacionales que acompañaron en su lucha a las Brigadas Internacionales y su contacto con la realidad local, plasmada en páginas y páginas de testimonios y diarios, son de capital importancia para conocer la guerra civil española por dentro, o si se quiere, el interior del territorio, los pueblos que con más crueldad sufrieron los horrores del conflicto, más allá de toda la riada de datos sobre las operaciones militares o cualquier otro aspecto de la guerra. El Hospital de campaña que instalaron estos sanitarios, con la aprobación del Consejo Municipal, en el recio edificio del Grupo Escolar de Belalcázar, en la comarca de Los Pedroches, al norte de Córdoba, supone un buen ejemplo para acercarnos más si cabe a ellos y a su importantísima labor.

En Belalcázar, pueblo cordobés que a comienzos de la década de los años 30 contaba con mas de 10.000 habitantes, las tensiones socio-políticas durante la etapa republicana, que se saldaron, entre otras cosas, con el asesinato del primer edil republicano, Pedro José Delgado Castellano, en la mañana del viernes 24 de marzo de 1933 a las puertas de su casa, precisamente frente al imponente edificio del Grupo Escolar, hicieron que el comienzo de la guerra fuera bastante cruento, aunque nada diferente al resto del territorio. Al triunfo inicial de los sublevados el 19 de julio y su control de la localidad, le siguió el contrataque republicano de los días 13-14 de agosto de 1936, que tantas vidas se llevó en medio de un calor sofocante. En febrero de 1937 se disuelve el Ayuntamiento y se crea el Consejo Municipal, reestructuración de la administración local a base de Consejos por Decreto del Ministerio de la Gobernación del 4 de enero de 1937 (publicado el día 7).

El Grupo Escolar Primo de Rivera² (hoy I.E.S. Juan de Soto Alvarado), en la C/ Menéndez Pelayo, s/n de Belalcázar comenzó a construirse en marzo de 1927, mediante un préstamo

² Nombre con el que más se ha conocido desde que decidieran llamarlo así, en el Pleno municipal de 10 de mayo de 1927. En los años de la Segunda República cambió a Grupo Escolar Rodolfo Llopi, en honor al

de 100.000 pesetas que la Caja de Seguros Sociales de Andalucía Occidental, colaboradora en la región del Instituto Nacional de Previsión, concedió al Ayuntamiento de Belalcázar, por entonces presidido por el terrateniente Gabriel Alonso Delgado, mediante escritura firmada en Sevilla el 13 de enero de 1927, al interés anual del 5% y garantizado dicho préstamo con láminas del municipio depositadas en un banco. D. José Gómez Millán, arquitecto de la Caja de Seguros Sociales, su artífice, concibió un soberbio edificio en piedra de granito local, de 6 secciones, con dos escuelas graduadas para niños y niñas de tres secciones cada una³. El 3 de febrero de 1927 sale en prensa el anuncio de la subasta⁴, que se celebra el día 23 de febrero a las 11 de la mañana en el Ayuntamiento, adjudicándose definitivamente la obra a Tomás Capilla Monje, contratista de Belalcázar, siendo el arquitecto director D. Carlos Sáenz Santa María de los Ríos⁵. Las obras comienzan en marzo, y en el mes de agosto de 1929 el edificio estaba ya terminado⁶, aunque no se comenzarían a dar clases hasta 1930, coincidiendo con los primeros destinos⁷.

Su importancia en la época como edificio destinado a la educación y la formación de alumnos en sus aulas también se ve reflejada en esta noticia inédita aparecida en la Gaceta de Madrid, en agosto de 1936, al poco de iniciarse la guerra, donde destaca la localidad de Belalcázar y su grupo escolar ya construido que lleva pocos años en funcionamiento: *« Ilmo. Sr.: Visto el expediente incoado por el Ayuntamiento de Belalcázar (Córdoba) solicitando subvención del Estado por el edificio que ha construido con destino a Escuelas graduadas para niños y niñas, con tres secciones cada una: Resultando que la Oficina técnica de Construcción de Escuelas ha informado favorablemente el proyecto del citado edificio: Considerando que, según establece el artículo 16 del Decreto de 15 de Junio de 1934, el Estado puede conceder subvenciones a los Ayuntamientos que construyan edificios con destino a Escuelas nacionales, pero su cuantía no excederá de 12.000 pesetas por cada sección de Escuela graduada, abonándose estas subvenciones en los dos plazos que señala dicho artículo: Considerando que el Arquitecto escolar D. Guillermo Diz, adscrito a la Oficina técnica de Construcción de Escuelas, a quien se encomendó la visita de inspección a dicho edificio, ha emitido informe favorable, participando que puede ser concedida la subvención solicitada: Considerando que, según acuerdo adoptado por el Ayuntamiento de Belalcázar el día 7 de Junio de 1934, autoriza al Sr. Presidente del Instituto Nacional de Previsión para que gestione la subvención para el edificio de referencia: Considerando que el mencionado Instituto expone, la conveniencia de que el auxilio que se otorgue sea librado a nombre del Excmo. Sr. D. Inocencio Jiménez Vicente, Vicepresidente de dicho Instituto: Considerando que, con arreglo a lo dispuesto en el artículo 18 del Decreto de 15 de Junio de 1934, los Ayuntamientos podrán hacer cesión de las subvenciones y ofrecerlas como garantía de operaciones de crédito, a favor de instituciones oficiales de ahorro de crédito: Considerando, por tanto, que procede se abone al Instituto Nacional de Previsión, de Madrid, la subvención de 72.000 pesetas, en virtud de lo preceptuado por el artículo 16 del Decreto de 15 de Junio de 1934, puesto que ha sido favorable el resultado de la visita*

dirigente socialista y pedagogo español Rodolfo Llopis (1895-1983), Director General de Primera Enseñanza e impulsor de la educación durante el primer Bienio Republicano (1931-1933).

³ Diario de Córdoba, 15 de enero de 1927, pag. 2.

⁴ Diario de Córdoba, 3 de febrero de 1927, pag.2. Anuncio CONSTRUCCIÓN DE ESCUELAS.

⁵ Archivo Municipal de Belalcázar. Libro de Actas HC71.6. Sesión ordinaria de 02.03.1927. Folio 16.

⁶ Diario de Córdoba, 21 de agosto de 1929, pag.1.

⁷ El Defensor de Córdoba, 5 de septiembre de 1930, pag.2. **INSTRUCCIÓN PÚBLICA.** En la columna de nombres y destinos se recoge a D. Antonio Paredes Rópero en la Dirección Graduada 1ª de Belalcázar y D. Ángel Hernández Vicente en la Dirección Graduada 2ª de la misma.

de inspección girada al edificio de referencia y éste se halla totalmente terminado: Considerando que por Decreto-ley de fecha 24 de Febrero próximo pasado (**Gaceta del 26**) se ha aprobado un crédito extraordinario para atender al pago del servicio de que se trata, y en éste existen disponibilidades, según certificación expedida por la Ordenación de Pagos de este Ministerio, y que en el expediente consta la conformidad del Interventor general de la Administración del Estado, * Este Ministerio ha tenido a bien disponer: Que se conceda al Ayuntamiento de Belalcázar (Córdoba) la cantidad de 72.000 pesetas de subvención por el edificio construido con destino a dos Escuelas graduadas para niños y niñas, con tres secciones cada una; cantidad que se librará al excelentísimo Sr. D. Inocencio Jiménez Vicente, Vicepresidente del Instituto Nacional de Previsión, de Madrid, con cargo al crédito extraordinario aprobado por Decreto-ley de fecha 24 de Febrero último (**Gaceta del 26**). Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos. Madrid, 7 de Agosto de 1936. EMILIO BAEZA MEDINA. Señor Director General de Primera Enseñanza⁸». No sabemos realmente si el dinero llegó a las arcas del Ayuntamiento de Belalcázar, pues no aparece reflejada en las cuentas municipales, pero la noticia recogida en la Gaceta confirma la importancia del edificio (y su necesaria función), construido en la etapa de Primo de Rivera, pero en pleno funcionamiento durante la Segunda República.

En los primeros meses de 1937, con el empuje de las tropas franquistas en lo que se conoce como Batalla de Pozoblanco, y desde el frente de Valsequillo-La Granjuela-Los Blázquez, por otro, tratando de ganar terreno y penetrar hacia la zona norte de Córdoba, hacia Los Pedroches, para hacerse con la zona minera de Almadén, entran en acción los voluntarios de la XIII Brigada Internacional para contener dicho avance, y con ellos, el servicio de sanidad que desde Albacete les acompaña. El Servicio Sanitario de la XIII B.I. lo mandaba el judío checo Fritz Jensen⁹, natural de Praga y doctor en Medicina por Viena. Su adjunto era el húngaro Desider Tallenberg¹⁰, también judío. Contaba esta brigada desde finales de marzo de 1937 con el equipo quirúrgico del doctor Josep María Massons, que primeramente estuvo instalado en un colegio de niñas incautado a las monjas en Cabeza de Buey; al poco tiempo se trasladó a Belalcázar, y, más tarde, a Hoyo de Manzanares, en los alrededores de Madrid. En los hospitales de Cabeza de Buey y Belalcázar trabajaron también los doctores internacionales Saúl I. Trocki¹¹, judío polaco, el yugoslavo Diura Mesterovic¹², el rumano Stephan Sinculescu¹³ (que fue ayudante de manos de Massons). Otro judío polaco, Erwin Wolf¹⁴, que “no era médico, cuidaba de la evacuación de los heridos y enfermos”. Contó el equipo del Dr. Massons con enfermeras internacionales y españolas: Dorothy Aroha Morris, neozelandesa, “que cuidaba de la

⁸ Gaceta de Madrid, N° 234, 21 de agosto de 1936, pág. 1385. **Emilio Baeza Medina** (1892-1980) fue abogado y político español, del Partido Radical Socialista, y alcalde de Málaga.

⁹ **Fritz Jensen** (1903-1955). De nombre real Friedrich Albert Jerusalem, era un médico de origen judío que huyó de la Alemania nazi para ir como voluntario de sanidad a España, a donde llegó en agosto de 1936. Participó después en la II Guerra Mundial, y murió en la isla de Borneo el 11 de abril de 1955.

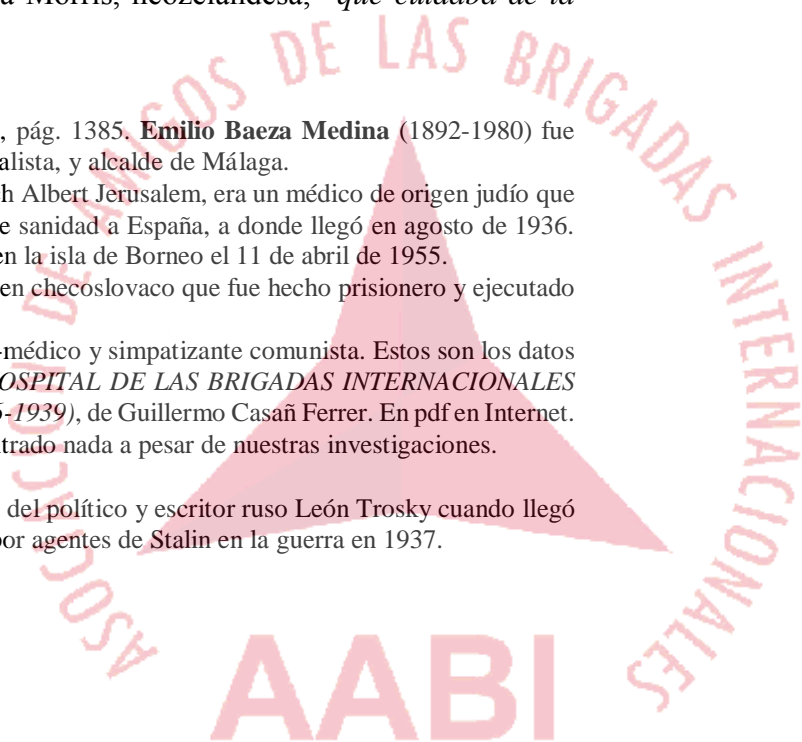
¹⁰ **Desider Tallenberg** (1905-1938). Médico de origen checoslovaco que fue hecho prisionero y ejecutado en la batalla del Ebro, en febrero de 1938.

¹¹ De **Saúl Trocki** sabemos que era polaco, Capitán-médico y simpatizante comunista. Estos son los datos que aparecen en el artículo *EVACUACIÓN DEL HOSPITAL DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES DE BENICASSINA CATALUÑA (Guerra Civil, 1936-1939)*, de Guillermo Casañ Ferrer. En pdf en Internet.

¹² De Mesterovic, médico yugoslavo, no se ha encontrado nada a pesar de nuestras investigaciones.

¹³ Sin datos.

¹⁴ **Erwin Wolf**, que no era médico, era ex-secretario del político y escritor ruso León Trosky cuando llegó a España en la G. Civil. Fue capturado y asesinado por agentes de Stalin en la guerra en 1937.



*limpieza del hospital, del ropero y del aseo de los internados*¹⁵; Käthe Fosgascz, alemana, anestesista del equipo, esposa del Dr. Fosgascz, médico de batallón de la XIII B.I.¹⁶; Ángela Haden Guest, “*hija de un ex ministro inglés de Sanidad –David Guest–*”¹⁷; y Pepita Sicilia, de las Juventudes Socialistas de Madrid, que “*fue una enfermera eficiente*”¹⁸. Como es natural, el Dr. Massons cita también a otra enfermera que fue muy importante en su vida, María de los Ángeles Morros, con la que contrajo matrimonio (y que moriría en accidente de automóvil el 30 de septiembre de 1938). Tras ellos llegaría el equipo norteamericano, que da nombre al Hospital, hasta octubre de 1937.

Por tanto, el Hospital de Campaña que se instala en el Grupo Escolar Rodolfo Llopis de Belalcázar viene motivado por el avance de las tropas franquistas en el sector de Cabeza del Buey, que deben ser contenidas, entre otros con brigadistas, y estuvo en funcionamiento en Belalcázar en dos etapas continuadas: desde mediados de mayo hasta el 28 de junio de 1937, cuando se da la orden de trasladarse a Hoyo de Manzanares, cerca de Torrelozón, en el noroeste de Madrid, cuando está a punto de comenzar la Batalla de Brunete, que durará el 6 al 25 de julio de 1937. El equipo médico de la XIII BI abandonó, pues, el Hospital de Belalcázar a finales de junio de 1937. Desde entonces, el Hospital pasó a ser dirigido por un equipo sanitario norteamericano, razón por la cual pasó a llamarse Hospital Americano de Belalcázar. La presencia de este equipo médico norteamericano se remonta a abril de 1937, cuando un grupo de médicos y enfermeras estableció un hospital de campaña para atender a los numerosos heridos de los combates en el frente de La Granjuela-Los Blázquez, entre los cuales había un contingente de voluntarios norteamericanos en el 20 batallón internacional. El hospital se instaló en las afueras de Valsequillo, inicialmente en una tienda de campaña y posteriormente en refugios subterráneos. Disponía de siete ambulancias, tres camiones y un quirófano móvil o auto-chir. Lo dirigió el Dr. Abraham I. Friedman (1908-1966)¹⁹, norteamericano, con otros ayudantes, entre ellos los doctores Norman Charles Rintz (1906-1986), Albert Byrne (1893-1978), Philip Goland (1909-1971), y enfermeras como Rebecca Schulman (1911-2002) o Ruth Rebecca Davidow (1911-1999)²⁰, todos ellos miembros de la Brigada Internacional norteamericana *Abraham Lincoln*. Cuando el equipo médico de la XIII B.I. marchó a Madrid para participar en la batalla de Brunete, el Hospital Americano se traslada a Belalcázar a finales de junio, donde se mantuvo hasta octubre de 1937, momento en que se trasladó a Villa Paz (Cuenca) para reorganizarse antes de su incorporación a la XV Brigada Internacional²¹.

¹⁵ **Dorothy Aroha Morris** (1904-1988), de origen neozelandés, se hizo voluntaria en el Guerra Civil para servir en la Unidad de Ambulancias Sir George Young`s University. Escribió un libro sobre su experiencia en España, titulado *Petals and Bullets. New Zealand Nurse in the Spanish Civil War*.

¹⁶ Sin datos.

¹⁷ **Angela Haden- Guest** (1910-1965) era hija de Lord Leslie Haden-Guest (1877-1960), Baron Haden-Guest, ministro de Sanidad con el Partido Laborista en Reino Unido a comienzos del S.XX.

¹⁸ De Josefa Sicilia Pérez, **Pepita Sicilia**, hay pocos datos. Nació en Porcuna, Jaén, el 22 de febrero de 1912. Era muy joven cuando participó en la Guerra. Se casó con un francés, Marc, que estaba en el Batallón 3 de la XIII Brigada Internacional. Tras la guerra pasó a Francia, y poco más se sabe de ella.

¹⁹ **Abraham Irving Friedman** nace en N. York el 27 de mayo de 1908. Comienza a ejercer como Doctor en 1934. En 1935 vivía en N. Jersey. Llega a España el 7 de abril de 1937 para trabajar en los Servicios médicos, con el rango de Capitán. Vuelve a Estados Unidos el 12 de julio de 1938. Muere en 1966.

²⁰ Todas las fechas se han obtenido de la página web del Archivo de la Brigada Abraham Lincoln <http://www.alba-valb.org/volunteers/>. La página está en inglés, pero es fácilmente consultable. De cada uno de ellos hay en dicha página una breve biografía (como la de A. Friedman antes), y alguna que otra foto.

²¹ Página web de la A.A.B.I (Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales). En ella se recoge, en el capítulo de *Las Brigadas Internacionales en Andalucía*, un apartado sobre el Hospital Americano de Belalcázar (Córdoba), aunque no tan completo como el que pretenden ofrecer estas páginas.

Veamos ahora algunos testimonios que nos hablan de la labor de los sanitarios extranjeros durante los meses que estuvieron en Belalcázar, como la norteamericana Dorothy Mardfin o el belalcazareño Crispulo Márquez Espada, para centrarnos después en el testimonio del Dr. Josep María Massons, quizá de los más completos e interesantes.

La norteamericana **Dorothy Fontaine Mardfin** (?-1971), técnica de laboratorio en el Hospital Americano, contaba así su experiencia en Belalcázar: *«Trabajé en Belalcázar (frente de Córdoba) con la 86 Brigada Mixta, en el hospital, con la intención de montar allí un laboratorio. No teníamos agua corriente, ni baños, ni refrigeración, pero sí muchas moscas. La escuela tenía inodoros de asiento, pero el agua tenía que ser traída desde el exterior añadiéndole cloro y desinfectantes para reducir riesgos de infección. ¡Era un verdadero desafío montar un laboratorio y mantener las condiciones de higiene en esas circunstancias! (Siempre estábamos escasos de medicamentos, y nunca vi antibióticos en ninguno de los hospitales en que trabajé). Un conductor de ambulancia muy manitas, Charlie Devetesco, construyó otras dependencias grandes y cavó un pozo profundo para residuos hospitalarios. Me levantaba temprano cada mañana para quemarlos, de tal manera que por la noche ya estaban eliminados y no eran visibles desde el aire. Con recursos limitados, acabé siendo técnico de laboratorio, farmacéutica e ingeniera sanitaria. Fuimos alojadas con familias campesinas, compartiendo nuestros cuartos con animales de granja. Descubrimos que los cuartos oscuros mantienen las moscas tranquilas. También teníamos una ducha de lujo, con un gran bidón -de agujeros en la parte inferior- que un campesino llenaba cada día. Luego estaba el problema de las transfusiones de sangre necesarias cuando se producía una acción en el frente. Como no teníamos ninguna refrigeración, no podíamos almacenar sangre. Por lo tanto, le dijimos al alcalde²² que explicara la situación a los vecinos para pedirles que se ofrecieran como donantes de sangre. Aquellas maravillosas personas llegaron en masa para inscribirse en el banco de datos. Y así, cuando necesitábamos sangre, me ponía en contacto con dos o tres personas del grupo de sangre necesario y hacíamos la transfusión con el herido bis a bis. Aunque gran parte de nuestro trabajo consistía en combatir la epidemia de paludismo, estábamos sumamente orgullosos de haber sido capaces de curar a dos pacientes que acudieron al hospital con heridas gangrenosas. El uso de tubos perforados, y la limpieza constante con solución de Dakin, hizo que nuestros dos hombres quedaran totalmente sanos y sin amputaciones. Las enfermeras hicieron milagros en estas condiciones tan adversas. El único lugar del hospital donde se utilizaban técnicas asépticas se encontraba en la sala de operaciones. Mirando ahora retrospectivamente, me pregunto como pudimos hacerlo tan bien... Con el fin de separar a los pacientes de paludismo de los demás, tenía que trabajar siete días a la semana para examinar en el microscopio los glóbulos rojos de la sangre de todos los pacientes que venían del frente. Acabé cogiendo la malaria, pero me recuperé pronto, a diferencia de otras enfermeras que sufrían escalofríos y fiebres recurrentes.... La comida era siempre escasa. Yo tenía una lata de champiñones de mi paquete de ayuda de los Estados Unidos; alguien del personal unos huevos y nos hizo una tortilla el día en que llegó la mantequilla. ¡Nunca he tenido una mejor fiesta! También encontramos algunas latas de calabaza en el almacén del hospital, así que se utilizó una gran cantidad de mantequilla para hacer*

²² Desde el 3 de febrero al 8 de septiembre de 1937, el alcalde de Belalcázar era Francisco Mesas Paredes. Le sustituye hasta el final de la guerra Manuel Pizarro Rodríguez (1890-1940), de filiación comunista.

pasteles de calabaza. Se cocían en los hornos de la panadería local y eran disfrutadas por los pacientes, el personal sanitario y ¡las gentes del pueblo!...²³».

Críspulo Márquez Espada²⁴, nacido en Belalcázar, Teniente del Batallón Internacional de la 86 Brigada Mixta y amigo personal de Aldo Morandi, también recogió en su libro de memorias referencias al Hospital Americano: «*Visité el centro hospitalario en alguna ocasión y pude comprobar su buen funcionamiento. Las enfermeras eran en su mayor parte norteamericanas, aunque la administración la llevaba un francés, con quien me entendía utilizando una mezcla chapurreada de los respectivos idiomas. Ocupaba, para descanso y servicios complementarios, una de las casas existentes frente al Hospital (en cuya acera se había perpetrado el asesinato del alcalde Retamalo al que antes me referí²⁵) y otra en la calle principal del pueblo, conocida por Casa de las Suaras²⁶, donde estaba el comisario político (John Gates?²⁷) que nadaba por cierto con una velocidad y estilo impecables, según pude ver en ocasión de un día de pesca organizado por los dirigentes de pueblo en las tablas del río Zújar existentes junto a la carretera de Cabeza del Buey²⁸...».*

Amén de otros testimonios existentes²⁹, queremos centrarnos ahora en el del Dr. Josep María Massons (1913-2012), por ser quizá el más interesante y por todos los datos que aporta. **Josep María Massons Esplugas** nació en Valls (Tarragona, Cataluña) el 18 de enero de 1913 y falleció en Barcelona el 10 de noviembre de 2012. Se licenció en la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona en 1934, y ganó una plaza de médico-interno de cirugía del Hospital Clínico de Barcelona. Cuando estalló la Guerra Civil española se incorporó como alférez en un Hospital Militar, situado en la calle Tallers de Barcelona, donde estuvo 8 meses. **En marzo de 1937 le llegó el nombramiento de jefe de equipo quirúrgico de las Brigadas Internacionales.** Como hablaba alemán y francés a la perfección **fue destinado a la XIII Brigada Internacional.** Estuvo en diversos hospitales de retaguardia hasta que fue destinado al hospital de Benicàssim (Castelló); a los pocos días de su llegada se casó con María de los Ángeles Morros, quien

²³ En THE VOLUNTEER, revista de los veteranos de la Brigada A. Lincoln de la G. Civil, Vol.X. Nº1, April 1988, se recoge el testimonio de Dorothy Mardfin, como miembro del personal sanitario femenino de dicha brigada.

²⁴ **Críspulo Pedro Antonio Márquez Espada** nace en Belalcázar, en la C/ Fray Ramírez Arias, el 1 de agosto de 1915, a las 11,30. Era hijo de Críspulo Márquez Rodríguez, natural de Belalcázar, de oficio *amanuense*, y de Ruperta Espada Perea, natural de Belalcázar, ama de casa. Estudió el bachillerato en el Colegio Salesiano de Utrera, Sevilla, y cursó la licenciatura y el Doctorado de Derecho en Madrid entre 1931-1936. Fue oficial del ejercito republicano y durante su estancia en el frente del Maestrazgo, del 22 de marzo al 25 de abril de 1938, estuvo encuadrado en la División de Maniobras de Extremadura. A pesar de nuestras investigaciones, se desconoce el lugar y fecha de su muerte.

²⁵ Como se ha indicado antes, tal asesinato fue cometido en la mañana del viernes 24 de marzo de 1933 por tres jóvenes en situación precaria junto a la puerta de la casa del alcalde. Pedro José Delgado Castellano, apodado *Retamalo*, miembro del Partido Republicano Autónomo (filial cordobesa del Partido Republicano Radical de Lerroux) y alcalde entre junio 1931- marzo 1933, murió al instante, del disparo al corazón (que le causó la muerte en el acto) y las 14 cuchilladas posteriores, una vez estaba en el suelo. Tenía 53 años.

²⁶ Debe referirse a la calle conocida popularmente como *Calle Larga*, arteria principal del pueblo hasta la plaza, llamada antes de la República Alfonso XIII, y durante la II República Pablo Iglesias. Después de la Guerra Civil pasó a llamarse Generalísimo Franco y hoy es la calle Blas Infante.

²⁷ En Wikipedia aparece la figura de un John Gates nacido en nueva York en 1913 y muerto en Miami en 1992. En su biografía se recoge que era de ideología comunista, integrante de la norteamericana Brigada Abraham Lincoln en la Guerra Civil Española y ascendido a comisario político en marzo de 1938.

²⁸ Críspulo Márquez Espada. **DESDE SIERRA MORENA A EL MAESTRAZGO CON LOS INTERNACIONALES.** Ed. San Martín, 1988, pags.49-50.

²⁹ Como el del Dr. Abraham I. Friedman o el de Dorothy Aroha Morris, en la obra indicada.

murió un año después en un accidente. Cuando el hospital dejó de estar bajo el mando de las Brigadas, en abril de 1938, el doctor Massons se quedó allí con los enfermos que no fueron evacuados, por deber moral y siguiendo las indicaciones de la Convención de Ginebra. Fue asignado al Ejército de Maniobras, que según sus propias palabras “*era como un equipo de bomberos porque iba donde había fuego*”. Finalizado el conflicto, no fue depurado gracias a la intervención de su amigo Joaquim Viola. Se volvió a casar en 1942 y tuvo seis hijos: Maria Teresa (1943), Joan (1944), Cristina: (1945), Elisabet (1948), Mireia (1950) y Estrella (1953-2010). Llegó a ser médico en el Hospital del Vall d’Hebrón de Barcelona, profesor de Farmacología en la Escuela de Enfermeras de dicho hospital y profesor auxiliar de farmacología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona hasta que se jubiló en la década de los 80. Fue el inventor del Isoplasma, plasma de ternera apto para transfusiones sanguíneas humanas, y fue director de los Laboratorios Drovisa, una filial de Vismara Terapeutici. Escribió varios libros, siendo el más monumental *Historia de la Sanidad Militar Española*, en 4 volúmenes (1994), además de otros libros y artículos. Obtuvo varias condecoraciones como la Creu de Sant Jordi (2008), la Medalla de Honor de las Brigadas Internacionales (2011) o la Cruz del Mérito Naval (2012).

Su testimonio está recogido en la obra *LA SANIDAD EN LAS BRIGADAS INTERNACIONALES*, en uno de los primeros capítulos de la obra³⁰. Reproducimos dicho capítulo desde su inicio y lo finalizaremos en el párrafo en que menciona la fecha de partida de Belalcázar, por su gran interés y por cuanto puede aportar a este artículo:

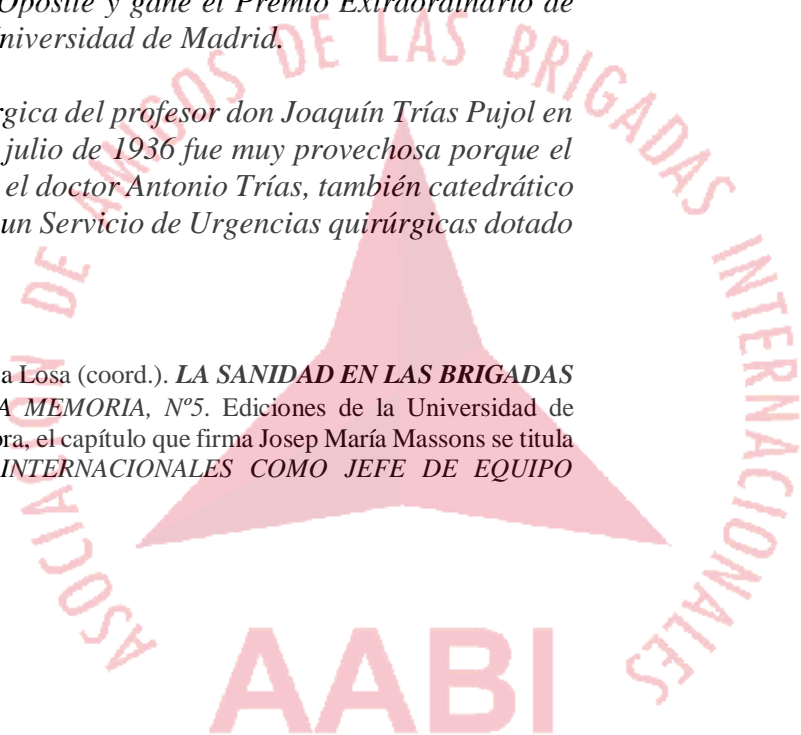
UN AÑO AL SERVICIO DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES COMO JEFE DE EQUIPO QUIRÚRGICO

Me licencié en la Facultad de Medicina de Barcelona en junio de 1934. Decidí, entonces, prepararme para adquirir unos conocimientos lo más completos posibles en cirugía. A este efecto, mi plan consistió en permanecer, sin siquiera colegiarme, en el Hospital Clínico durante dos o tres años tan solo atento a mejorar mis conocimientos teóricos y mis habilidades manuales.

En aquellos tiempos no existía el MIR dedicado a la formación del post-graduado, pero yo hice lo siguiente: oposité y gané una plaza de médico-interno de cirugía del Hospital Clínico, cubriendo el Servicio de Guardia de aquel hospital, atendiendo las urgencias y ayudando a operar al médico de guardia. Oposité y gané el Premio Extraordinario de Licenciatura. El doctorado lo cursé en la Universidad de Madrid.

Trabajaba como médico en la clínica quirúrgica del profesor don Joaquín Trías Pujol en el Hospital. Mi labor entre junio de 1934 y julio de 1936 fue muy provechosa porque el doctor Joaquín Trías, junto con su hermano el doctor Antonio Trías, también catedrático de Patología Quirúrgica, había organizado un Servicio de Urgencias quirúrgicas dotado

³⁰ Manuel Requena Gallegos y Rosa María Sepúlveda Losa (coord.). *LA SANIDAD EN LAS BRIGADAS INTERNACIONALES*. Colección *LA LUZ DE LA MEMORIA*, N°5. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca, 2006. Dentro de esta obra, el capítulo que firma Josep María Massons se titula *UN AÑO AL SERVICIO DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES COMO JEFE DE EQUIPO QUIRÚRGICO*, págs. 23-35.



de quirófano, sala de aplicación de vendajes enyesados y un número de camas que permitían seguir el curso post-operatorio de los enfermos intervenidos.

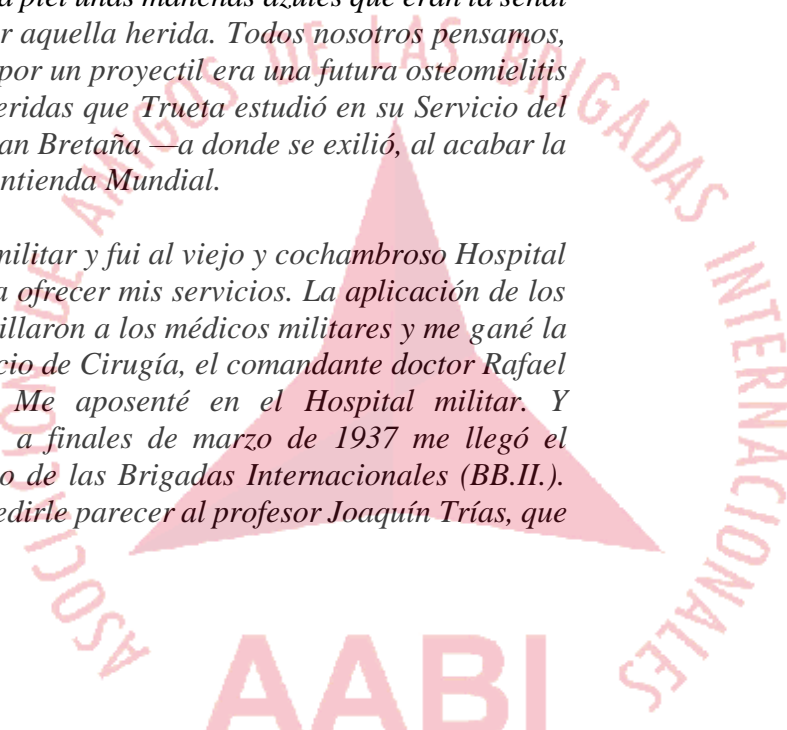
El doctor Joaquín Trías tenía la rara habilidad de enviar colaboradores suyos al centro extranjero más apropiado. Uno de los médicos de guardia de mi época fue Francisco Jimeno Vidal, que había estado varios años en Viena al lado de Lorenz Bohler, especializándose en traumatología. De él aprendí todas las técnicas vienesas que eran la novedad más rabiosa. Además, los mismos hermanos Trías habían montado una pequeña biblioteca con libros y revistas de cirugía, donde se podía estudiar durante los espacios de tiempo libres entre urgencia y urgencia o en las tardes en que no estaba de guardia. Dominaba el francés y el alemán y tomaba lecciones de inglés.

El 18 de julio de 1936 estalló la Guerra Civil. Yo vivía con mis padres y mis hermanos muy cerca del Hospital Clínico. Me despertaron las detonaciones de los combates callejeros. Tranquilicé a mis padres diciéndoles que eran salvados de fuegos artificiales con motivo de la Olimpiada popular y me fui al Hospital. Pronto empezaron a llegar heridos sin cesar. Se improvisaron quirófanos y los internos aplicamos en las heridas el método de Bohler, que consistía en limpiar la herida quirúrgicamente del modo más completo posible y suturar la piel, solamente la piel.

Al día siguiente llegó el profesor Trías, que pasaba el fin de semana en la Costa Brava. El había sido médico militar y había hecho la campaña de Marruecos y nos enseñó que lo que es verdad en la vida civil no lo era en la época de guerra. Que había que limpiar la herida lo más perfectamente posible, pero no saturarla. Ésta fue la primera lección que nunca olvidaré. La segunda fue la siguiente. Esta enfermedad era una infección de los huesos; el pus buscaba su salida por una serie de orificios que solían cerrarse cuando por ellos salía un secuestro, esto es, un pedacito de hueso muerto. Pero aparecían otras fístulas y era el cuento de nunca acabar.

Tratábamos aquellas osteomielitis del modo siguiente. Abríamos y llegábamos hasta el foco supurante del hueso, eliminábamos todos los pedacitos de hueso mortificados, aplicábamos sobre el hueso limpio una gasa impregnada de vaselina y "enterrábamos" aquella herida bajo un vendaje de yeso. Era la cura de un cirujano americano llamado Wineth Orh. A los pocos días el vendaje de yeso se manchaba y después olía de un modo horrible. Pero cuando —a los veinte o treinta días— se retiraba el yeso, la herida aparecía viva, sangrante y en los bordes de la piel unas manchas azules que eran la señal del avance de la piel nueva dirigida a cerrar aquella herida. Todos nosotros pensamos, entonces, que cualquier fractura producida por un proyectil era una futura osteomielitis crónica. Así nació la cura cerrada de las heridas que Trueta estudió en su Servicio del Hospital de San Pablo y pudo aplicar en Gran Bretaña —a donde se exilió, al acabar la guerra civil— con ocasión de la Segunda contienda Mundial.

Yo era alférez de complemento de Sanidad militar y fui al viejo y cochambroso Hospital militar de la calle de Tallers de Barcelona a ofrecer mis servicios. La aplicación de los métodos de Bühler y la cura cerrada maravillaron a los médicos militares y me gané la consideración, sobre todo del Jefe del Servicio de Cirugía, el comandante doctor Rafael Olivares, cuya confianza supe alcanzar. Me aposenté en el Hospital militar. Y transcurrieron ocho meses. Efectivamente, a finales de marzo de 1937 me llegó el nombramiento de Jefe de equipo quirúrgico de las Brigadas Internacionales (BB.II.). Durante la guerra, yo no daba un paso sin pedirle parecer al profesor Joaquín Trías, que



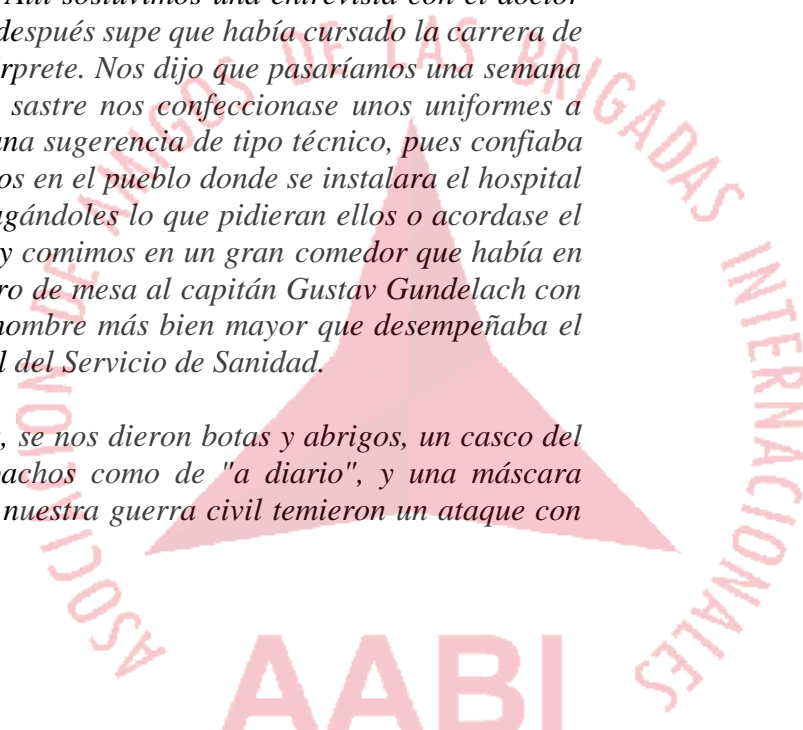
una vez me desaconsejó que aceptara el puesto de Secretario de un médico muy bien situado. En aquella ocasión no dudó ni un momento. Me dijo: "Acéptelo, es la ocasión de su vida. ¡Domina idiomas y está preparado!".

Eran dos los equipos quirúrgicos que Cataluña enviaba a las Brigadas Internacionales. Se componían de un jefe con la graduación de capitán y dos ayudantes con la de teniente. Uno era cirujano de modo que podía ayudar al Jefe o —en caso de apuro— él también podía operar. El otro era internista para salir al paso de cualquier proceso de tipo médico (diabetes, infecciones, etcétera). Los ayudantes de mi equipo eran el doctor José Pifarré Mayoral y el internista doctor Jacinto Alonso Pérez del Camino. El otro equipo —que dirigía el doctor Moisés Broggi— tenía como ayudante quirúrgico al doctor José Jordana Soterias y médico al doctor Salvador Guardiola. Como uniforme nos dieron en Barcelona unas "pescadoras", es decir, una blusa que se entraba por la cabeza y unos pantalones, todo ello de color caqui. Yo me llevé en la maleta mis uniformes del servicio militar.

Llegamos en tren a Valencia y fuimos a la Jefatura de Sanidad militar a saludar al coronel Cerrada, llevados de la mano del doctor Jaime Roig i Padró, un médico de Reus, que, en unión del doctor Jaime Antonio Aguadé, dirigía la red de trenes-hospitales. Allí supimos que el doctor Roig había sido el responsable de nuestros nombramientos. El procedimiento había ido de la manera siguiente: el Jefe de Sanidad de las BB.II. era un búlgaro, cuyo nombre de guerra era Oscar Telge. En las nacientes BB.II. de finales de marzo de 1937 no andaban escasos de médicos extranjeros voluntarios. Pero sí de cirujanos. Hay que pensar que un cirujano capaz de dirigir un equipo quirúrgico en un frente de batalla, es una persona un poco mayor y que ocupa un puesto en un hospital de cierta importancia al que ha llegado a fuerza de años. Y es difícil que personas así estén dispuestas a desplazarse a un país extranjero y correr la azarosa suerte de una guerra civil. Telge necesitaba un cirujano experto o dos, en el complejo hospitalario de retaguardia que había en Murcia y otro en la Base de las Brigadas que funcionaba en Albacete. Y uno para cada Brigada. En aquel momento contaba con Douglas Jolly, un cirujano neozelandés que "hizo" toda la campaña con el doctor Bedrich Kisch, un checo, con el doctor norteamericano Edward K. Barsky y con un inglés, el doctor Tudor Hart.

Telge le dijo a Roig que necesitaba dos equipos quirúrgicos, dirigidos por gente joven. El doctor Roig le respondió que contase con ellos. El llamaría a Barcelona pidiéndolos. Y así fue. De Valencia fuimos a Albacete. Allí sostuvimos una entrevista con el doctor Telge. Este hablaba un alemán perfecto —después supe que había cursado la carrera de Medicina en Grata— y yo actué como intérprete. Nos dijo que pasaríamos una semana en Albacete, el tiempo justo para que un sastre nos confeccionase unos uniformes a medida, que se abstenía de hacernos ninguna sugerencia de tipo técnico, pues confiaba en nuestra preparación y que contratáramos en el pueblo donde se instalara el hospital cuanto personal auxiliar necesitáramos pagándoles lo que pidieran ellos o acordase el alcalde. Nos alojamos en un gran edificio y comimos en un gran comedor que había en el mismo. Todos los días tuve de compañero de mesa al capitán Gustav Gundelach con el que trabé muy buena amistad. Era un hombre más bien mayor que desempeñaba el importante cargo de administrador general del Servicio de Sanidad.

Ya en posesión de los flamantes uniformes, se nos dieron botas y abrigos, un casco del ejército francés y unos pantalones bombachos como de "a diario", y una máscara antigás. Es de notar que ambas partes de nuestra guerra civil temieron un ataque con

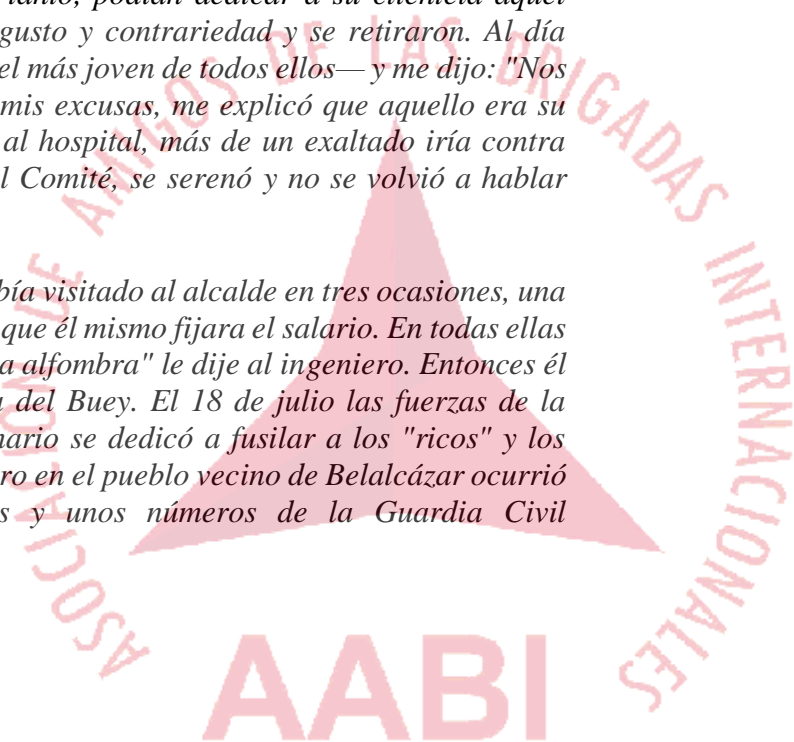


gases, pero la verdad es que jamás se hizo uso de ellos. Nos despedimos del doctor Telge en una segunda entrevista y cada equipo se dirigió a un punto del frente. El doctor Broggi fue enviado al frente de Madrid (centro) al servicio de una brigada anglo-norteamericana. Yo y mis compañeros fuimos a parar a Cabeza del Buey, adscritos a la XIII Brigada. Una de las primeras providencias del ejército franquista fue unir — mediante la ocupación de Badajoz— la zona sur en la cual mandaba el general Queipo de Llano con la enorme zona norte donde el general Franco había establecido su cuartel general en Salamanca y su gobierno en Burgos. Interesaba al ejército de la República cortar aquel istmo, y a la vez defendía las minas de Almadén, que eran una fuente de divisas y las que los "nacionales" querían ocupar.

El hospital de Cabeza del Buey estaba instalado en un colegio para niñas y era —y sigue siendo— propiedad de una comunidad de monjas carmelitas. Por razones obvias no vimos ninguna monja. Y tampoco las vi en junio de 2003, cuando románticamente recorrí aquellos lugares donde pasé los tres años de guerra. Ciertamente que fui afablemente recibido por las religiosas, pero ahora —cosas del tiempo— han dejado de llevar los hábitos. Nos instalamos en el propio hospital. El hospital estaba dirigido por el profesor doctor Eugenio Díaz Gómez. Era un excelente neurocirujano que ejercía en Madrid que, seguramente tuvo razones poderosas para ausentarse de la capital por motivos que yo me guardé muy bien de preguntarle. Estaba con él su esposa, toda una señora y no tenían hijos. Era persona mayor que soportaba mallas incidencias de un hospital de primera evacuación y cerca del frente. Telge procedió con el doctor Díaz Gómez con mucha inteligencia: lo mandó a Murcia donde desarrolló una labor de neurocirugía notable. Vi que enfrente del hospital se había instalado —en la casa de los López de Ayala la Jefatura de Fortificaciones. No lo pensé dos veces. Me presenté al comandante —un ingeniero de minas gallego— y le pedí un puesto en su mesa. Accedió encantado y fuimos muy buenos amigos. Vinieron unos días en que el frente estuvo en calma. Tanto él como yo andábamos sobrados de tiempo y sosteníamos largas conversaciones. En una de ellas le conté dos hechos que me habían dado que pensar.

Entrando a mano derecha había en el hospital una espaciosa sala. Cada mañana acudían a ella los médicos de Cabeza del Buey. Enfundados en sus batas blancas pasaban las mañanas alrededor de una mesa-camilla en la que había un brasero. Me dio apuro ver aquella gente perdiendo miserablemente el tiempo, hasta que un día me dirigí a ellos y con las mejores palabras de mi vocabulario les dije que no se molestasen, pero que yo no les necesitaba para nada y que, por lo tanto, podían dedicar a su clientela aquel tiempo, etcétera. Pusieron una cara de disgusto y contrariedad y se retiraron. Al día siguiente vino a verme el doctor Valverde —el más joven de todos ellos— y me dijo: "Nos ha hecho usted polvo". Ante mi asombro y mis excusas, me explicó que aquello era su "seguro de vida" y temían que al no servir al hospital, más de un exaltado iría contra ellos. Me ofrecí a plantear el asunto ante el Comité, se serenó y no se volvió a hablar más de sus temores.

El segundo hecho que le comenté fue que había visitado al alcalde en tres ocasiones, una de ellas para solicitarle personal pidiéndole que él mismo fijara el salario. En todas ellas estuvo muy obsequioso conmigo... "como una alfombra" le dije al ingeniero. Entonces él me contó lo que había ocurrido en Cabeza del Buey. El 18 de julio las fuerzas de la izquierda triunfaron y el Comité revolucionario se dedicó a fusilar a los "ricos" y los curas. En total, unas cincuenta personas. Pero en el pueblo vecino de Belalcázar ocurrió todo lo contrario. Unos cuantos vecinos y unos números de la Guardia Civil



neutralizaron los elementos izquierdistas. Los "rojos" de Cabeza del Buey —armados con escopetas de caza, cuchillos y algún que otro fusil— marcharon a la conquista de Belalcázar y tras una batalla "tomaron" el pueblo y después de fusilar a los de "derechas", regresaron a Cabeza del Buey. Un mal día apareció en Cabeza del Buey un comandante de los guardias de asalto, reunió al Comité y les indicó que el Gobierno había decidido movilizar tal y tal quinta. En consecuencia, los mozos pertenecientes a ellas debían ser acompañados a la Caja de Recluta. Los caputbovenses contestaron que "ellos ya habían hecho la guerra", añadiendo: "Si todos los pueblos de España hubiesen conquistado otro en manos de los fascistas, la guerra habría terminado". El comandante se retiró a su posada. Pero una manifestación de mujeres y de niños frente a su albergue, le vino a decir que era persona "non grata". Discretamente se ausentó y, al día siguiente volvió de Ciudad Real con una compañía de guardias de asalto. Rodeó y ocupó después Cabeza del Buey, fusiló a todos los del Comité y pensó que aquella rebelión procedía de algunos fascistas que habían mal aconsejado al Comité. Y también los fusiló. Esta segunda tanda costó la vida de otras cincuenta personas.

Esta es la versión de los hechos tal como me fue relatada. Ahora bien, consultado don Vicente Serrano Naharro, cronista oficial de Cabeza del Buey, amablemente me ha facilitado la siguiente versión: en Cabeza del Buey, el 18 de julio, las fuerzas de izquierda triunfaron. Se formó un Comité y éste, como medida preventiva, encerró en la iglesia a varias personas consideradas de derechas: ricos y curas preferentemente. En honor a la verdad, no se asesinó a nadie, pero... el 10 de agosto llegó al pueblo —procedente de Madrid— un batallón de choque que se había reforzado con mineros de Almadén y Puertollano, con el objetivo de conquistar Belalcázar —población vecina—, donde varios elementos de derechas secundados por la Guardia Civil se habían pronunciado a favor de los militares sublevados. Pero antes de marchar hacia Belalcázar, el batallón de milicianos y mineros decidió fusilar a las cuarenta y una personas que se hallaban detenidas en la iglesia. También en honor a la verdad, hay que consignar que ello se hizo contra el decidido parecer del Comité de Cabeza del Buey. Al día siguiente —13 de agosto— aquellos milicianos, a los que se unieron varios vecinos, atacaron Belalcázar, y tras cruenta lucha, se apoderaron del pueblo. Aquellas fuerzas continuaron su campaña y tomaron Castuera, Guareña y otros pueblos.

Corría el mes de noviembre de 1936 y el Gobierno de la República creó la 16 Brigada mixta José M^a Cartón. Para ello se desplazó a Cabeza del Buey el comandante Manuel Rodríguez, el cual organizó una Caja de Recluta en la casa solariega de los López de Ayala en la calle de la Cruz, frente al colegio de Santa Teresa, donde se montó el hospital. El comandante Rodríguez comunicó al Comité Local que traía el encargo de movilizar todos los hombres "de hasta 45 años". Como es natural, esto fue muy mal acogido por el pueblo, puesto que significaba llevarse gran número de vecinos, los más padres de familia. Y se corrió la voz que el comandante era un fascista, que llevaría a la gente a hacer la instrucción al campo de aviación de Cañahonda (que se había acabado de construir) y cuando estuviesen allí, él avisaría a la aviación y los ametrallaría a todos.

Todo esto lo debieron creer a pies juntillas, porque una turba de hombres y mujeres asaltó la Caja de Recluta y atacaron a cuantos trabajaban allí. El comandante Rodríguez pasó aviso a Castuera y de allí vino el Batallón de la Bomba, reforzado con guardias de asalto, que ocupó militarmente Cabeza del Buey. Se corrió entonces el bulo de que había en el pueblo muchos fascistas... y que había que hacer una limpieza y a partir del 26 hasta el 30 de noviembre fueron fusiladas cincuenta y dos personas, entre las que había

algún fascista y sí muchas víctimas de venganzas personales. Calmado todo aquello, acudieron "voluntarios de verdad" y se integraron en la famosa 16 Brigada mixta. Y lo bueno del caso fue que el comandante Rodríguez resultó ser un miembro de la Quinta Columna.

Yo, entonces, tenía 24 años y parecía más joven, medía 1,66 y pesaba muy poco, pero llevaba en mi manga izquierda una estrella roja de tres puntas y los galones de capitán y me dijo el ingeniero: "Te toman por un terrible revolucionario...". Entendí entonces que en el ayuntamiento fuesen tan "colaboradores y amables" conmigo. En realidad, respondía esa actitud al fruto de un escarmiento anterior plagado de fusilamientos. Aquel Hospital era del Servicio Sanitario de la XIII Brigada Internacional. La formación de las BB.II. obedeció a agrupar a los combatientes por etnias (la XI alemana, la XII italiana, la XIV francesa y la XV anglo-americana). La XIII fue algo así como un cajón de sastre. Esencialmente era eslava (polacos, yugoslavos, checos, eslovacos, húngaros y búlgaros) pero llegó a tener gente de veinticinco nacionalidades. Estaba mandada por un general alemán —Wilhelm Zeisser— cuyo nombre de guerra era Gómez.

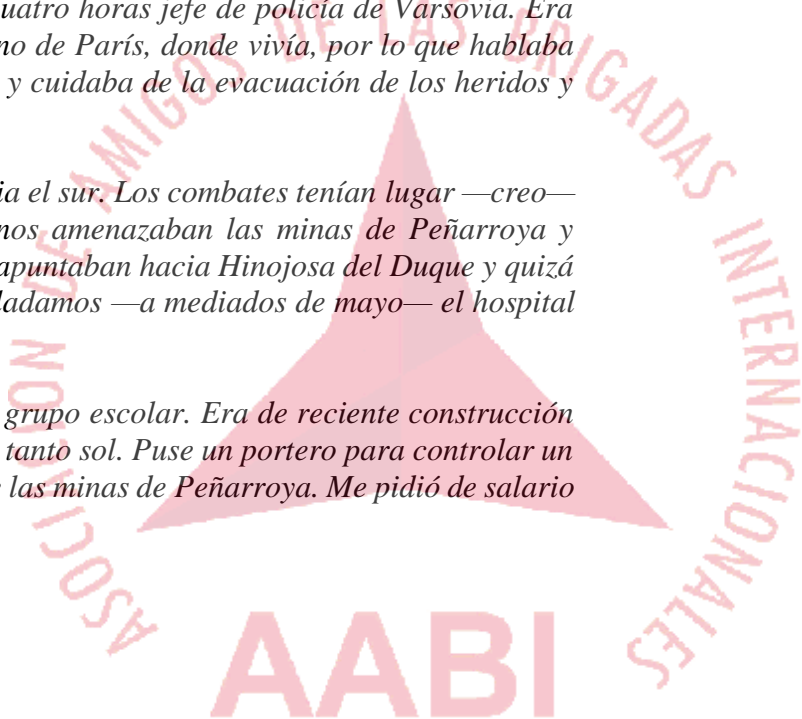
El Jefe de Sanidad de la Brigada era Frintz Jensen, cuyo apellido auténtico era Jerusalem. Había nacido en Praga, pero era doctor en Medicina por Viena. Su adjunto era un húngaro' —también judío— llamado Desider Tallenberg. Y traté mucho a un alemán: Rolf Becker y a un judío polaco Saúl I. Trocki, y menos a un yugoslavo —muy inteligente— Diura Mesterovic.

Como puede verse, aquello era lo más parecido a una Torre de Babel, pero todos hablaban correctamente el alemán y algunos como Trocki, que se doctoró en Burdeos, y un médico rumano —Stephan Sinculescu— que en Belalcázar y durante la batalla de Brunete fue mi ayudante de manos, hablaban un francés correcto y bastante bien el alemán. Entonces pude darme cuenta de la importancia de dominar la lengua alemana, que yo aprendí en el bachillerato y en una estancia de un verano en Alemania. Claro está que mi empeño en dominar un idioma tan difícil se debió a que —en aquel momento— era la lengua obligada para un médico que tenía aspiraciones científicas o quería hacer carrera en el campo de la enseñanza, pero jamás pensé que me había de resultar de tanta utilidad, puesto que todos los médicos de la Europa Central y Balcanes dominaban el alemán.

Otro brigadista que se unió a nosotros en Belalcázar fue Erwin Wolf. Era un judío polaco cuyo sueño era ser durante tan sólo veinticuatro horas jefe de policía de Varsovia. Era ya mayor —andaría por los 55 años— y vino de París, donde vivía, por lo que hablaba el francés con suma fluidez. No era médico y cuidaba de la evacuación de los heridos y enfermos.

La actividad del frente se desplazó más hacia el sur. Los combates tenían lugar —creo— en el puerto del Clavileño. Los republicanos amenazaban las minas de Peñarroya y Pueblonuevo del Terrible, y los nacionales apuntaban hacia Hinojosa del Duque y quizá las minas de Almadén. Es por ello que trasladamos —a mediados de mayo— el hospital a Belalcázar.

En Belalcázar instalamos el hospital en un grupo escolar. Era de reciente construcción y jamás tuve un hospital con tanta luz y con tanto sol. Puse un portero para controlar un poco las visitas. Era un minero evacuado de las minas de Peñarroya. Me pidió de salario

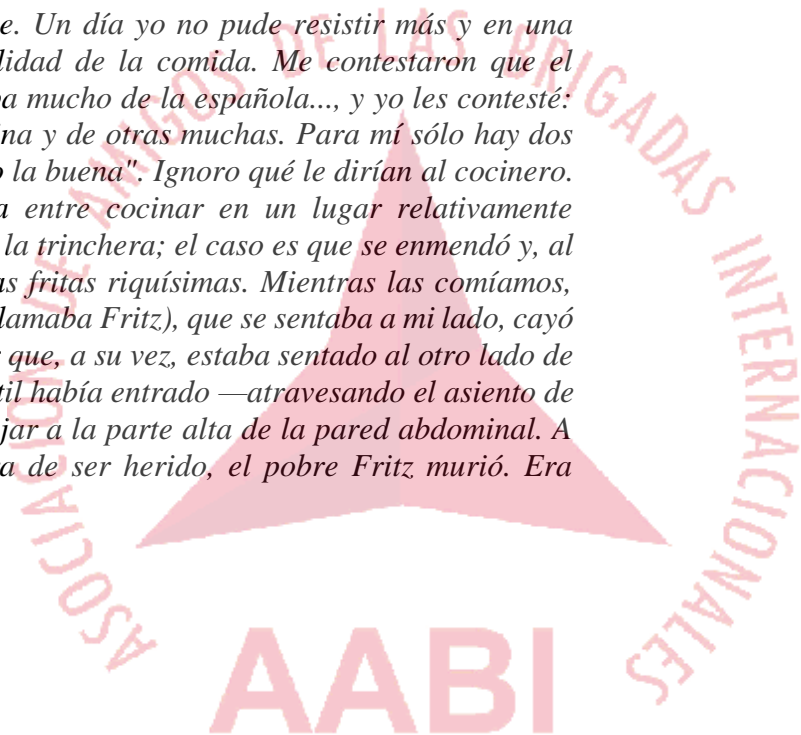


5 pesetas diarias y 3,50 pesetas si le daba de comer. Cuando una ambulancia traía heridos, acudían mujeres que habían tenido que dejar sus casas en Pueblonuevo del Terrible y ansiosamente preguntaban a los muchachos: "Habéi tomao er Terrible?". Nos alojábamos en casa del doctor Otero. Había dos médicos Otero. Uno ejercía en Belalcázar y fue una de las personas que las "tropas" de Cabeza del Buey fusilaron. Su casa era muy espaciosa y por eso el Ayuntamiento la ofreció a la Sanidad de las B.B.I.I El otro hermano —Antonio Otero Sánchez— se estableció en Barcelona y alcanzó mucho renombre como médico especialista en accidentes del trabajo. En 1952 trabajaban con él dos hijos: Antonio y Joaquín Otero Sendra. En la actualidad se cuentan hasta ocho los Otero que figuran en las listas del Colegio de Médicos de Barcelona.

En Belalcázar llevé a cabo una acción humanitaria que después repetí en la campaña del Maestrazgo. Consistía en que el pregonero anunciaba a la gente que en el hospital militar se atendería gratuitamente a todo enfermo. La maniobra era oportuna porque gran número de médicos rurales habían sido movilizados y, por otra parte, yo poseía un aparato portátil de Rayos X que la gente consideraba cosa prodigiosa. Acudió bastante gente al improvisado consultorio. El caso más clamoroso fue el diagnóstico de un derrame pleural. Repito que la consulta era gratuita pero muchos enfermos me obsequiaban con huevos, algún pollo, etcétera. que en aquellos días de penuria alimenticia y —en las Brigadas Internacionales— de mala cocina, se agradecía mucho. Esto nos lleva a hablar de un gravísimo incidente que costó la vida de una persona.

El médico de uno de los batallones de la XIII Brigada era un muchacho de la buena sociedad de Valencia. Se había casado hacía poco y como que era miembro del Partido Comunista consiguió que su joven esposa estuviera con el servicio sanitario de la Brigada. De este modo, ambos pudieron prolongar la luna de miel, puesto que él —de cuando en cuando— dejaba el batallón y venía a pasar una noche a la Jefatura del Servicio Sanitario. La joven esposa —a la que llamaremos Azucena— se aburría mortalmente porque no era ni médico, ni enfermera y por tanto, no tenía nada que hacer. Conoció a un estudiante de medicina francés encargado de las evacuaciones, llamado Roger, y le entró una afición irrefrenable por aprender la lengua de Molière. Pero después llegó a aquella comandancia un chófer de ambulancia alemán. Él era joven, delgado, rubio y de ojos azules, todo lo contrario del francés que era moreno de cabello ensortijado muy negro y de hábito atlético. Fue, entonces, cuando a Azucena le entraron unas ganas irresistibles de aprender la difícil lengua de Goethe.

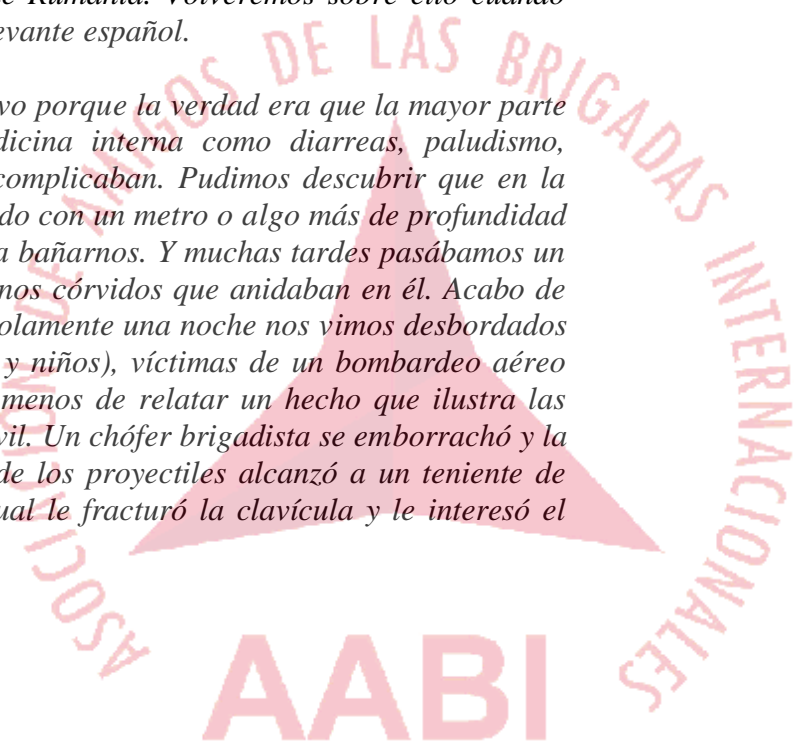
Como de costumbre, la cocina era horrible. Un día yo no pude resistir más y en una reunión de los oficiales protesté de la calidad de la comida. Me contestaron que el cocinero era ucraniano, cuya cocina distaba mucho de la española..., y yo les contesté: "Se habla de la cocina francesa y de la china y de otras muchas. Para mí sólo hay dos clases de cocina: buena y mala. Y yo quiero la buena". Ignoro qué le dirían al cocinero. Seguramente le hicieron ver la diferencia entre cocinar en un lugar relativamente tranquilo o aguantar los piojos y la vida de la trinchera; el caso es que se enmendó y, al día siguiente, nos sirvió un plato de patatas fritas riquísimas. Mientras las comíamos, sonó un disparo y el chófer alemán (que se llamaba Fritz), que se sentaba a mi lado, cayó al suelo. En tierra yacía la pistola de Roger que, a su vez, estaba sentado al otro lado de la víctima. Se le llevó al hospital. El proyectil había entrado —atravesando el asiento de la silla— por el periné y se había ido a alojar a la parte alta de la pared abdominal. A pesar de haberle operado a la media hora de ser herido, el pobre Fritz murió. Era



evidente que Roger había disparado su arma por debajo de la silla. Por lo menos, así lo creyó todo el mundo.

El general Gómez me preguntó algunos detalles y me pidió que le hiciese una información por escrito. Roger fue enviado a otra Brigada y al pobre Fritz le enterraron en Belalcázar. En cuanto a Azucena, se ordenó su regreso a Valencia, lejos de la vida militar. En Belalcázar "mi" equipo acabó de tener una cohesión, gracias a que el personal terminó integrándose convencidos que todos trabajaban movidos por el ideal de buscar el bien del herido o del enfermo. De Cabeza del Buey, vinieron conmigo dos jóvenes. Uno era José López Balls (Pepe) y otro, menos joven, llamado Blas. El primero era enfermero y el segundo manejaba los autoclaves y demás artilugios del quirófano. Además, se integraron tres enfermeras. Una era española, de Madrid, Pepita Sicilia, muy politizada, de las Juventudes Socialistas de Madrid, fue una enfermera eficiente y muy adicta a mi persona. Se "casó" con un judío norteamericano y —cuando él se cansó de ella, a las pocas semanas— se "casó" de nuevo con un intendente francés —Jacques Carrier— que resultó ser un muchacho excelente. Otra fue Dorothy Aroha Monis, una neozelandesa, delgada, apergaminada, de una edad indefinida, a la que las muchachas de limpieza de Belalcázar llamaban "la Zankiú", porque ella —mujer de muchas "manners"— daba las gracias por todo. Era una especie de "Señorita Rottenmeier" que cuidaba de la limpieza del hospital, del ropero y del aseo de los internados. Finalmente, la tercera era una alemana —Káthe— que llevaba un apellido húngaro —Forgasz— porque así se llamaba su marido, uno de los médicos de batallón de la XIII Brigada. Fue mi anestesista, muy fiel a mi persona y dispuesta a aceptar cualquier trabajo, por duro o molesto que fuese. Otra persona que se integró en mi equipo fue el doctor Stephan Sinculescu, un médico rumano que quedó admirado de la gran cantidad de palabras comunes al rumano y al catalán. Adquirió un diccionario catalán y me preguntaba continuamente y me hacía ver los resultados que él obtenía. Por ejemplo, acabábamos de pasar una temporada en Cabeza del Buey y me dijo que en rumano se llamaba igual que en catalán —Cap de Bou— y añadió que Cabeza de Buey hinchada se traducía en rumano por "cap de bou unflat". "Fíjate" añadió "que sólo cambia una letra porque unflat es en catalán inflat". Y yo le contesté que así se escribía, pero se pronunciaba "unflat"; lo que le satisfizo infinitamente. Era un hombre —mayor que yo— de cabeza y cuerpo grandes y extremidades inferiores tirando a cortas, lo que le daba un aire cómico, pero era un buen observador y aunque era un ferviente comunista, no carecía —cosa rara— de un cierto sentido crítico. En los días tranquilos que vivimos después en Benicàssim, me contó un sinfín de cosas de Rumanía. Volveremos sobre ello cuando describa mi estancia en aquella playa del Levante español.

No tuvimos en Belalcázar un trabajo excesivo porque la verdad era que la mayor parte de los hospitalizados eran casos de medicina interna como diarreas, paludismo, picaduras de avispas y de abejas que se complicaban. Pudimos descubrir que en la "huerta de Fortuna" había un aljibe cuadrado con un metro o algo más de profundidad donde a última hora de la mañana íbamos a bañarnos. Y muchas tardes pasábamos un par de horas en el castillo, disparando a unos córvidos que anidaban en él. Acabo de decir que no tuvimos un trabajo excesivo. Solamente una noche nos vimos desbordados por un alud de heridos (hombres, mujeres y niños), víctimas de un bombardeo aéreo sobre Hinojosa del Duque. No puedo por menos de relatar un hecho que ilustra las relaciones entre las BB.II. y la población civil. Un chófer brigadista se emborrachó y la emprendió a tiros con todo quisque. Uno de los proyectiles alcanzó a un teniente de intendencia —Maurice Kupfermintz— al cual le fracturó la clavícula y le interesó el



vértice del pulmón. Le operé enseguida y se recuperó muy bien y durante algunos días pudimos comer y beber cosas exquisitas. Pues bien, al chófer lo encerraron en la cárcel del pueblo. En las B.B.I.I cobrábamos cada diez días. El preso recibió su paga y como no podía gustarla en la taberna la entregó íntegra a unos muchachos que se acercaron a la reja de su ventana. Aquellos niños, agradecidos ante tanto dinero, organizaron una manifestación pidiendo la libertad del chófer.

El 28 de junio recibimos la orden de abandonar Belalcázar. Nada se nos dijo sobre adónde íbamos. Cargamos todos nuestros enseres en el tren y al llegar a Tembleque — un pueblo cerca de Aranjuez— todo nuestro equipo se cargó en camiones. La descarga y carga la hacían unos soldados españoles. Yo estuve presente y les aconsejaba: "Esto pesa mucho (era la mesa de operaciones). Id con cuidado (era la lámpara del quirófano). Esta escena la contemplaba un brigadista quien, al cabo de un rato, se acercó a mí y me dijo: "Camarada, te felicito porque eres el brigadista al que he oído hablar mejor el español" (!!!) De allí —montados en camiones— entramos por la carretera de Valencia —la única practicable— en el frente de Madrid. El viaje resultó interminable. Toda la noche sin faros, para evitar ser tiroteados o bombardeados. Fuimos a parar cerca del Pardo. Y de allí a Torrelodones, donde permanecemos un par de días. Y de allí, a San Sebastián de los Reyes y —por fin— a Hoyo de Manzanares, donde me instalaron con toda mi impedimenta en el Sanatorio Villegas».

El testimonio del Dr. Massons reproducido en estas páginas es muy importante y a la vez clarificador, pues a través de su pluma ágil y descriptiva va dando detalles de cómo empezó su formación y su trabajo como médico, cómo llegó al sur de Extremadura, a Cabeza del Buey, y después pasó a Belalcázar, instalándose el Hospital acaso en el mejor y más luminoso edificio que había en la localidad, con permiso de las autoridades. Los minuciosos detalles que ofrece de su formación, de su trabajo con los brigadistas, de todo el personal con el que tenía que convivir y trabajar, el contacto con la realidad local y los vecinos de Belalcázar, intercalándolo con curiosas y divertidas anécdotas, dan a su testimonio una viveza que merece ser leído despacio y con deleite.

En las actas del Consejo Municipal de Belalcázar³¹ no se ha encontrado referencia alguna al Hospital Americano, ni a su instalación en el grupo Escolar en mayo ni la fecha de su partida en octubre de 1937. Hay un par de referencias a obras en el alcantarillado de un Hospital³², pero no sabemos cierto si se refiere al Grupo Escolar para atender a los heridos del frente, aunque por el testimonio del Dr. Massons debía ser el mismo. Sí se habla, por otro lado, y como es lógico, de la gran cantidad de refugiados que llegaban a Belalcázar de otros puntos de la geografía, a los que hay que atender con comida y alojamiento, teniendo que crearse la Comisión de Refugiados, dependiente del Consistorio. Es extraño, desde luego, que no se mencione el Hospital Americano, dada su importante labor en la localidad.

³¹ Archivo Municipal de Belalcázar. Caja H-084. Libro HC84.3. **Libro de Actas de Sesiones de este Consejo Municipal**, que comienza el 3 de febrero de 1937 y termina el 13 de abril de 1938.

³² Libro HC84.3. Sesión ordinaria del día 9 de junio de 1937. Folio 32. *El Consejero Paredes y Paredes anuncia una interpelación para la próxima sesión sobre la obra que se está llevando a cabo en el alcantarillado del Hospital y almacén de maderas y materiales de construcción.* Sesión ordinaria del día 23 de junio de 1937. Folio 33 (vltto.). *Seguidamente se entra en el orden del día y el Consejero Alfonso Vélez, en nombre del también Consejero Paredes y Paredes, explana la interpelación sobre las obras que se están llevando a cabo para desagüe del Hospital por el caño de Pepe Ramos, acordándose quede en suspenso la referida obra hasta tanto un técnico dé el informe correspondiente....*

Desde la perspectiva de los meses finales de 1937, a las Brigadas Internacionales no les quedaba mucho tiempo de estancia en suelo español. Justo un año después, en octubre de 1938, en base a la nueva política del Gobierno de Juan Negrín de cara a la comunidad internacional, las Brigadas Internacionales hicieron un gran acto de exhibición por las calles de Barcelona a modo de despedida. En cuanto al pueblo de Belalcázar, sufrió su peor momento en el transcurso de la contienda a comienzos de agosto de 1938, cuando estuvo a punto de vivir una evacuación masiva debido a la cercanía de las tropas franquistas, que habían tomado Cabeza del Buey, aunque al final pudo librarse de nuevo. A finales de diciembre de 1938 y a comienzos de febrero de 1939, sobre todo esta última, Belalcázar sufrió dos terribles bombardeos aéreos por parte de la aviación nacionalista en la recta final de la guerra. El 26 de marzo de 1939 las tropas franquistas entran en Belalcázar y la guerra en esta zona toca a su fin.

4. Conclusiones.

La vida del personal sanitario que trabajó en los Hospitales de campaña que iban surgiendo y trasladándose allí donde era necesario, va íntimamente ligado a la vida y duración de las Brigadas Internacionales en España durante la Guerra Civil. Después de todo lo expuesto, algo queda claro: cada brigada internacional tenía su propio servicio sanitario, con un médico por batallón y un médico-jefe por Brigada y un equipo de enfermeras y otros auxiliares para transporte, intendencia y otros servicios. Estos equipos sanitarios fueron creando hospitales en función de las necesidades que iban surgiendo, de manera que, a mediados de 1937, y como dato final interesante, la voluntaria austriaca Gusti Jirku hizo el siguiente balance de la sanidad interbrigadista: «220 doctores, 580 enfermeras, 600 camilleros, 23 hospitales con 5.000 camas, 130 ambulancias, 7 auto-chirs...»³³.

Los testimonios recogidos aquí para ilustrar el caso del Hospital Americano de Belalcázar (Córdoba), en funcionamiento entre mayo y octubre de 1937, proporcionan gran solidez y cercanía a los propósitos de poder acercarnos, 80 años después, a conocer de primera mano cómo fue la labor sanitaria de todos aquellos hombres y mujeres que, sin conocer el país, el idioma o sus costumbres, vinieron a España movidos por un fuerte ideal de defensa de la democracia y sus instituciones frente al golpismo y al fascismo, en una tierra donde iba a correr la sangre como el aire, y donde más que nunca iba a ser necesario todo esfuerzo y ayuda para atender a quienes más golpea el absurdo de la guerra, o peor, de una guerra civil. Es justo pues reconocer su labor tantas décadas después, en estas páginas o en actos como el que tuvo lugar aquella soleada mañana en abril de 2016 en Belalcázar y en otros pueblos del entorno, entre Córdoba, Jaén y Badajoz, entre Extremadura y Andalucía. La memoria sigue más viva que nunca, y las heridas, que siempre tardan en cicatrizar, también.

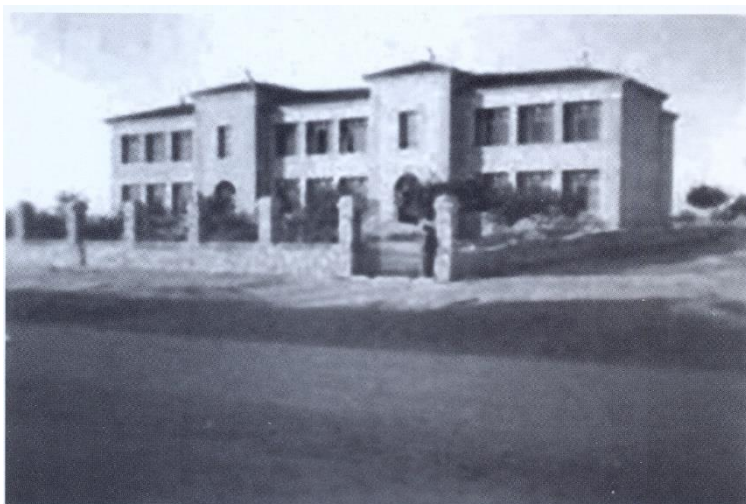
Feliciano Casillas Sánchez
Cronista de Belalcázar
Mayo de 2019

³³ Datos tomados de la entrada *LAS BRIGADAS INTERNACIONALES EN ANDALUCÍA*, una información que aparece en la página de la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales, <https://brigadasinternacionales.org>. En esta misma entrada está el apartado dedicada al Hospital Americano de Belalcázar.



Bibliografía básica:

- Fuster Ruiz, Francisco. *EL SERVICIO DE SANIDAD DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES*. Diputación de Albacete. Albacete, 2018.
- Márquez Espada, Crispulo. *DESDE SIERRA MORENA A EL MAESTRAZGO CON LOS INTERNACIONALES*. Ed. San Martín. Madrid, 1988.
- Moreno Gómez, Francisco. *ALDO MORANDI EN ESPAÑA*. Diputación de Córdoba/Fundación Botí. Córdoba, 2015.
- Moreno Gómez, Francisco. *TRINCHERAS DE LA REPÚBLICA, 1937-1939*. Ed. El Páramo. Córdoba, 2013.
- Requena Gallegos, Manuel y Sepúlveda Losa, Rosa María (coord.). *LA SANIDAD EN LAS BRIGADAS INTERNACIONALES*. Colección *LA LUZ DE LA MEMORIA*, N°5. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca, 2006.



La sede de Belalcázar del Hospital Americano, 1937.

Foto del Grupo Escolar Primo de Rivera (durante la República, Rodolfo Llopis) de Belalcázar, en la etapa en que se instaló el Hospital Americano, 1937.



El mismo edificio, hoy Instituto de Educación Secundaria JUAN DE SOTO ALVARADO, en la actualidad. No ha variado mucho su aspecto desde los años 30.